

18 de octubre de 2026 – 29.º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Is 45,1.4–6; 1 Tes 1,1–5b; Mt 22,15–21

INTRODUCCIÓN

Había una vez un guardián de faro que encendía fielmente la lámpara cada tarde para que los barcos pudieran encontrar su camino con seguridad a través de aguas peligrosas. Un día, muchas personas acudieron a él pidiéndole aceite: un vecino necesitaba un poco para una lámpara, otro para cocinar y otro para calentarse.

Queriendo ayudar a todos, fue repartiendo pequeñas cantidades durante el día. Al llegar la noche, ya no quedaba suficiente aceite para la lámpara del faro, y varios barcos chocaron contra las rocas en medio de la oscuridad. A la mañana siguiente, el guardián lloraba diciendo: «Olvidé mi primera responsabilidad».

En las lecturas de hoy se nos recuerda cuál es nuestra primera responsabilidad: pertenecer a Dios por encima de todo. El mundo constantemente reclama nuestra lealtad: la política, la riqueza, el éxito, la opinión pública y las

ambiciones personales. Sin embargo, el Señor declara por medio de Isaías: «Yo soy el Señor y no hay otro».

También Jesús nos desafía en el Evangelio: «Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». La moneda lleva la imagen del César, pero nosotros llevamos la imagen de Dios. Por eso, nuestra lealtad más profunda no pertenece a los poderes de este mundo, sino solamente al Señor.

Al presentarnos ante Dios en esta Eucaristía, pidamos perdón por las veces en que hemos permitido que otras voces gobiernen nuestro corazón más que la verdad y el amor de Dios. Preparémonos ahora para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a poner a Dios por encima de todo poder y posesión terrena: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos creaste a imagen de Dios y nos llamas a entregar plenamente nuestro corazón al Padre: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para permanecer fieles cuando los valores del mundo se oponen al Evangelio: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libre de toda falsa lealtad, perdone los pecados que dividen nuestro corazón, nos fortalezca en el seguimiento fiel de Cristo y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque solo Dios es Señor de la historia y el verdadero Rey de todo corazón humano, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos con alegría:

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
cuya sabiduría guía el curso de la historia
y cuya imagen está grabada en todo corazón humano,
concédenos permanecer fieles a ti por encima de todo
poder terreno, sirviendo al bien común con honestidad y
valentía y entregándonos por completo a tu voluntad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño acompañó una vez a su abuelo a votar durante unas elecciones. De regreso a casa le preguntó:

—Abuelo, ¿quién gobierna realmente el mundo? ¿Los presidentes, los reyes, los ricos o los generales?

El abuelo sonrió y señaló el cielo al atardecer.

—Cuando las nubes cubren el sol, puede parecer que el sol ha desaparecido. Pero el sol sigue allí, por encima de las nubes, dando luz y sosteniendo todo. Así sucede con Dios. Los gobernantes humanos pueden parecer poderosos por un tiempo, pero la historia pertenece finalmente a Dios.

Esa sencilla conversación toca el corazón de las lecturas de hoy.

Tanto el profeta Isaías como el Evangelio nos enfrentan a la misma pregunta:

¿Quién gobierna realmente nuestra vida?

¿El poder político? ¿El dinero? ¿La opinión pública? ¿El miedo? ¿Las ideologías? ¿O Dios?

Dios escribe la historia de maneras inesperadas

La primera lectura de Isaías contiene algo sorprendente. Dios llama al rey persa Ciro «su ungido», literalmente «su mesías». Para el pueblo de Israel, esto sonaba escandaloso. Ciro no era judío. No adoraba al Dios de Israel. Y, sin embargo, Dios lo eligió como instrumento de salvación.

Para comprender lo impactante de esto, debemos recordar la situación de Israel. Jerusalén había sido destruida. El Templo estaba en ruinas. El pueblo había sido llevado al exilio en Babilonia. Sus enemigos se burlaban de ellos diciendo: «¿Dónde está ahora tu Dios?». Israel se sentía abandonado, derrotado y humillado. Sus cantos se habían convertido en lamentaciones.

Entonces, en medio de aquella desesperanza, Dios habló por medio del profeta:

—Miren a Ciro. Yo me serviré de él. Por medio de él los liberaré.

Y así sucedió exactamente. Ciro conquistó Babilonia y permitió que los judíos regresaran a su tierra y reconstruyeran el Templo.

¿Qué significa esto para nosotros?

Significa que Dios nunca está limitado por nuestras expectativas. Puede actuar a través de personas, acontecimientos y situaciones que jamás imaginaríamos. Dios no está encerrado en las iglesias ni en las sacristías. Él es el Señor de la historia.

Un predicador recordaba haber rezado con este mismo texto durante la Guerra Fría, en 1984. En aquel tiempo la Unión Soviética parecía inamovible, el comunismo ateo parecía invencible y el mundo vivía bajo la sombra del miedo. Mientras oraba, surgió en su corazón un pensamiento audaz:

—Si Dios pudo servirse del rey pagano Ciro, ¿no podrá también transformar a los dirigentes de nuestro tiempo?

Durante años siguió rezando. Luego llegaron cambios dramáticos que nadie había previsto: la caída de los regímenes comunistas, la reapertura de las iglesias y el redescubrimiento de la fe por parte de millones de personas. La historia cambió de maneras que el mundo había considerado imposibles.

Una y otra vez Dios nos recuerda:

«Yo soy el Señor y no hay otro».

Con frecuencia actuamos como si el futuro estuviera completamente en manos de políticos, economistas, poderes militares o avances tecnológicos. Las lecturas de hoy desafían esa ilusión. Los gobiernos son importantes. La responsabilidad humana es importante. Pero la última palabra pertenece a Dios.

La trampa tendida a Jesús

En el Evangelio se desarrolla otro tipo de lucha por el poder.

Los fariseos y los herodianos se acercan a Jesús con una pregunta:

—¿Es lícito pagar impuesto al César o no?

Parece una pregunta inocente, pero es una trampa.

Si Jesús responde «sí», muchos judíos lo rechazarán como colaborador de Roma. Si responde «no», podrá ser arrestado como rebelde político.

Jesús pide una moneda. Al levantarla pregunta:

—¿De quién es esta imagen?

—Del César —responden ellos.

Entonces llega la famosa respuesta:

«Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

A primera vista parece una hábil solución política. Pero Jesús está diciendo algo mucho más profundo.

La moneda lleva la imagen del César; por eso, den la moneda al César.

Pero ustedes llevan la imagen de Dios. Por eso, entréguese ustedes mismos a Dios.

Ese es el verdadero punto.

Jesús no está hablando solamente de impuestos. Está hablando de fidelidad y pertenencia. Las autoridades humanas tienen un derecho limitado sobre nosotros. Solo Dios tiene un derecho absoluto.

Esto era revolucionario en el mundo romano porque el emperador exigía honores divinos. El César no quería solamente impuestos; quería adoración. Jesús rechaza totalmente esa pretensión. Solo Dios merece la entrega completa del corazón humano.

Y la misma lucha continúa hoy.

Quizás ya no adoremos emperadores, pero la cultura moderna reclama constantemente nuestra lealtad absoluta: el éxito, la riqueza, el nacionalismo, el placer, las

ideologías y la aprobación social. Muchas voces compiten por nuestro corazón.

El Evangelio nos pregunta:

¿Quién posee tu lealtad más profunda?

Preguntas sinceras y preguntas engañosas

El Evangelio también nos enseña algo acerca de la manera en que hacemos preguntas.

Algunas preguntas son sinceras; buscan la verdad. Otras se formulan únicamente para avergonzar, atrapar o atacar.

Un profesor contó una vez que un estudiante le preguntó:

—Si Dios es todopoderoso, ¿puede crear una piedra tan pesada que Él mismo no pueda levantarla?

La intención no era comprender mejor a Dios, sino arrinconar al profesor en una contradicción.

Los fariseos se acercaron a Jesús con el mismo espíritu. Su adulación escondía hostilidad.

Y, sin embargo, Jesús no responde con ira. Responde con una sabiduría que pone al descubierto su falta de sinceridad y, al mismo tiempo, revela una verdad más profunda.

¡Cuántas veces nuestras conversaciones públicas se parecen a estas trampas! En la política, en la religión e incluso en la vida familiar, algunas personas hacen preguntas no para descubrir la verdad, sino para ganar una discusión.

El Evangelio nos invita a una mayor honestidad. Dios puede actuar en una búsqueda sincera, incluso cuando está mezclada con dudas. Pero los corazones cerrados no pueden recibir la verdad.

Arraigados en Cristo

Las palabras de Jesús también nos obligan a examinar nuestra conciencia.

¿Qué sucede cuando la fidelidad a Dios entra en conflicto con la fidelidad a la sociedad?

La historia nos ofrece muchos ejemplos. Los primeros cristianos se negaron a adorar al emperador y muchos fueron ejecutados. En tiempos más recientes, figuras como Dietrich Bonhoeffer, Maximiliano Kolbe, Martin Luther King Jr. y muchos creyentes anónimos eligieron la fidelidad a Cristo antes que la conformidad con sistemas injustos.

¿Qué les dio semejante valentía?

No la obstinación.

No una ideología.

Sino un profundo arraigo en Cristo.

San Pablo elogia hoy a los tesalonicenses por su «fe activa, amor esforzado y esperanza perseverante». Su fe no era un sentimiento privado. Daba forma a toda su vida.

Ese es también nuestro desafío. El cristianismo no puede quedarse como una identidad dominical mientras el resto de la vida pertenece al mundo. Cada aspecto de la existencia —la familia, la política, el trabajo, las finanzas,

las relaciones, las palabras y la conciencia— pertenece a Dios. El César puede recibir la moneda.

Pero Dios recibe el corazón.

Se cuenta una famosa historia de santo Tomás Moro, quien fue ejecutado porque se negó a colocar al rey por encima de Dios. Cuando estaba sobre el cadalso declaró: «Muero siendo un buen servidor del rey, pero primero de Dios».

Esa frase resume perfectamente el Evangelio de hoy. Estamos llamados a ser buenos ciudadanos, miembros responsables de la sociedad, trabajadores honestos y colaboradores del bien común. Pero por encima de toda lealtad terrena existe una lealtad más grande. Porque no llevamos la imagen del César, sino la imagen de Dios.

Y cuando los poderes de este mundo desaparezcan, cuando las monedas pierdan su valor y los reinos se desvanezcan, una sola verdad permanecerá:

«Yo soy el Señor y no hay otro». Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe de la Iglesia y confiando no en los poderes de este mundo sino en el Señor, que reina para siempre, profesemos ahora nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que al colocar estos dones sobre el altar aprendamos a entregar a Dios no solo lo que poseemos, sino también nuestra propia vida, de modo que nuestras existencias, marcadas con su imagen, sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor,
que estas ofrendas que presentamos ante tu majestad expresen nuestra entrega sincera y total a ti, para que, libres de lealtades divididas, te sirvamos fielmente en todos los ámbitos de nuestra vida.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque solo tú eres el Señor de la historia y la fuente de todo bien.

Aunque los reinos de la tierra surjan y desaparezcan, tu dominio permanece para siempre.

Nos creaste a tu imagen y nos llamaste a pertenecerte por completo.

Con tu sabiduría guías a las naciones del mundo, actuando muchas veces por medio de personas y acontecimientos inesperados, para que se cumpla tu designio de salvación.

Y en tu Hijo, Jesucristo, revelaste la verdad de que ningún poder terreno puede reclamar la adoración que solo a ti corresponde.

Por su Muerte y Resurrección nos has hecho un pueblo firme en la esperanza, valiente en la conciencia y constante en el amor.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos e hijas creados a imagen de Dios y llamados a poner nuestra confianza no en el poder del mundo sino en nuestro Padre celestial, oremos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la tentación de poner nuestra confianza definitiva en el poder, la riqueza o la aprobación humana; concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste a dar a las cosas terrenas el lugar que les corresponde y a ofrecer nuestro corazón completamente a Dios;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos llama a pertenecer plenamente al Padre y a permanecer fieles en medio de los poderes pasajeros de este mundo. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, el mundo compite constantemente por nuestra atención, nuestra lealtad y nuestro corazón. Sin embargo, hoy nos recuerdas que llevamos tu imagen. Enséñanos a vivir como tu pueblo fiel: valientes en la conciencia, sinceros en el amor y firmes en la esperanza. Que esta

Eucaristía nos fortalezca para servir responsablemente en el mundo mientras te pertenecemos por completo a ti.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la salvación, te suplicamos humildemente, Señor, que, fortalecidos con este alimento celestial, permanezcamos fieles a ti en toda circunstancia y demos testimonio con valentía de que solo tú eres el Señor de nuestra vida y de la historia.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor guíe sus corazones en la verdad y en la fidelidad. Amén.

Que los fortalezca para mantenerse firmes cuando los valores del mundo se opongan al Evangelio. Amén.

Que los ayude a vivir siempre como personas que llevan la imagen de Dios. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida arraigada en Cristo y fiel a Dios por encima de todo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La moneda lleva la imagen del César, pero tú llevas la imagen de Dios. Da al mundo tu servicio, pero entrega a Dios tu corazón.»

19 de octubre de 2026 – Lunes de la 29.^a Semana del Tiempo Ordinario - (Santos Juan de Brébeuf e Isaac Jogues y compañeros)

Ef 2,1–10; Lc 12,13–21

“La verdadera seguridad se encuentra en ser ricos a los ojos de Dios.”

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas: Se cuenta que un viajero llegó a una aldea remota después de un largo recorrido. Cansado y hambriento, llamó a la puerta de una humilde casa. La familia que vivía allí tenía muy poco, apenas lo suficiente para alimentarse. Sin embargo, sin dudarlo, lo recibieron con alegría, compartieron su comida y le ofrecieron un lugar donde descansar. A la mañana siguiente, cuando el viajero se disponía a partir, preguntó: “¿Por qué me han dado tanto cuando ustedes tienen tan poco?”. El padre de familia respondió sencillamente: “Porque lo que tenemos nos ha sido dado, no solamente para nosotros”.

Hay algo admirable en una generosidad así. No nace únicamente de la abundancia, sino de una libertad interior, de la confianza en que aquello que compartimos nunca se pierde realmente. Revela una riqueza más profunda, una riqueza que no puede medirse por graneros ni por cuentas bancarias.

En el Evangelio de hoy, Jesús se encuentra con una actitud muy diferente. Un hombre se acerca a Él para pedirle ayuda en la repartición de una herencia. Pero, en lugar de resolver el conflicto, Jesús habla sobre la avaricia y cuenta la parábola de un hombre rico que tiene más que suficiente y, sin embargo, sigue obsesionado por asegurar cada vez más para sí mismo.

Al reunirnos hoy para celebrar esta Eucaristía, podemos preguntarnos en silencio: ¿dónde buscamos nuestra seguridad? ¿En qué ponemos nuestra confianza? Reconociendo las veces en que nos hemos aferrado demasiado a lo que tenemos o hemos dejado de ver las necesidades de los demás, nos dirigimos ahora al Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas que la vida no consiste en la abundancia de los bienes materiales, sino en confiar en el cuidado amoroso del Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a ser ricos ante Dios por medio de la generosidad y el amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú liberas nuestros corazones de la avaricia y abres nuestros ojos a las necesidades de los demás: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libere de la falsa seguridad del egoísmo y de la avaricia, abra nuestros corazones para confiar en su providencia y compartir generosamente con los demás, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, solo tú eres nuestro tesoro permanente y nuestra verdadera seguridad; enséñanos a poner nuestra confianza no en las riquezas terrenas, sino en las riquezas de tu gracia, para que, siguiendo el ejemplo de los santos

mártires Juan de Brébeuf, Isaac Jogues y sus compañeros, nos entreguemos generosamente a tu servicio y lleguemos a ser ricos a tus ojos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un empresario muy exitoso que dedicó toda su vida a acumular riqueza. Trabajó sin descanso, amplió sus negocios y reunió mucho más de lo que jamás necesitaría. Una noche, mientras estaba sentado solo en su gran casa, rodeado de todo lo que había conseguido, recibió inesperadamente la noticia de una grave enfermedad. En aquel instante, toda la seguridad que había construido con tanto esfuerzo pareció desvanecerse. Se dice que comentó: “Pasé toda mi vida asegurando todo, excepto lo único que realmente importaba”.

Esta historia refleja muy bien la parábola que Jesús nos presenta hoy. El hombre rico del Evangelio no es condenado por ser rico. El problema está en otra parte. Ya tiene abundancia, pero cuando recibe una cosecha extraordinaria, su única preocupación es cómo almacenarla para sí mismo. “Derribaré mis graneros y construiré otros más grandes”, dice. Todo gira alrededor del “yo” y del “mío”. No hay ninguna referencia a Dios ni preocupación alguna por los demás.

Lo que llama la atención es lo limitada que se ha vuelto su visión. Su abundancia podría haber sido una oportunidad para la gratitud, para la generosidad y para el servicio. Sin embargo, se convierte en una trampa. Su deseo de seguridad lo encierra en sí mismo y lo aleja tanto de Dios como del prójimo.

Jesús identifica con claridad el problema de fondo: “Tengan cuidado y guárdense de toda avaricia”. La avaricia no consiste solamente en poseer mucho; es el deseo inquieto e insaciable de tener siempre más, la ilusión de que, si logramos acumular lo suficiente,

finalmente nos sentiremos seguros. Pero Jesús nos recuerda que “la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes”.

El hombre de la parábola cree haber asegurado su futuro: “Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y disfruta”. Pero su seguridad es frágil, incluso ilusoria. Esa misma noche le es reclamada la vida. Todo aquello que había acumulado no puede acompañarlo.

San Pablo, en la primera lectura, nos ofrece un contraste muy fuerte. Nos recuerda que todo es gracia: “Por gracia han sido salvados... y esto no viene de ustedes, sino que es don de Dios”. Si todo es un regalo, entonces nada está destinado a ser acaparado. Lo que poseemos —nuestros bienes, nuestro tiempo y nuestros talentos— nos ha sido confiado para una finalidad que va más allá de nosotros mismos.

Ser “ricos a los ojos de Dios” no es complicado, pero sí exigente. Significa reconocer que Dios es nuestra verdadera seguridad. Significa permitir que todo lo que

hemos recibido fluya hacia los demás y se convierta en bendición para ellos. Significa resistir la silenciosa tentación de construir graneros cada vez más grandes, ya sean materiales o emocionales, y dedicar nuestros esfuerzos a ensanchar el corazón.

Al final, la pregunta no es cuánto tenemos, sino qué hacemos con lo que tenemos. ¿Nuestras vidas dejan espacio para los demás? ¿Reflejan confianza en Dios o ansiedad por asegurar nuestro propio bienestar?

Hay una sencilla historia sobre una anciana que vivía sola y contaba con recursos muy modestos. Cada semana apartaba una pequeña parte de su pensión para ayudar a alguien necesitado: un vecino, una familia con dificultades o alguna obra de caridad. Cuando le preguntaban por qué daba con tanta constancia, respondía: “Nunca me he sentido pobre. Mientras tenga algo para compartir, sé que Dios me ha dado lo suficiente”. De una manera sencilla y silenciosa, había descubierto el secreto que el hombre rico del Evangelio nunca llegó a aprender. La verdadera seguridad se encuentra en ser ricos a los ojos de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios corazones libres del egoísmo y confiemos más profundamente en Aquel que es nuestra única seguridad duradera, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que te presentamos y enséñanos, por medio de este sacrificio eucarístico, a buscar las riquezas que permanecen para siempre. Que estas ofrendas nos liberen del apego a las cosas terrenas y profundicen nuestra confianza en tu amorosa providencia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu sabiduría nos recuerdas

que los tesoros de este mundo pasan, mientras que las riquezas de tu gracia permanecen para siempre.

Tú llamas a tu pueblo no a acumular bienes para sí mismo, sino a enriquecerse en misericordia, generosidad y amor. En tu Hijo, Jesucristo, nos has revelado que la verdadera vida no se encuentra en lo que poseemos, sino en la confianza plena en ti.

Y en el testimonio de los santos Juan de Brébeuf, Isaac Jogues y sus compañeros, nos muestras corazones fortalecidos por la fe, sin miedo ante las pruebas y ricos a los ojos del cielo.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos, te alabamos sin cesar, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando no en nosotros mismos ni en las seguridades de este mundo, sino en la amorosa providencia de nuestro Padre celestial, oremos con confianza usando las palabras que Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente de la avaricia y de la ansiedad que cierran nuestros corazones a ti y a nuestros hermanos. Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la vida vale más que las posesiones y que la verdadera paz nace de confiar en el amor del Padre. Líbranos de todo egoísmo y de todo temor, y haznos generosos en el servicio mutuo, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Dichosos los que no ponen su confianza en las riquezas terrenas, sino en el Señor que se entrega totalmente para nuestra salvación. Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El hombre rico del Evangelio almacenó grano para sí mismo, pero nunca aprendió a abrir su corazón. En la Eucaristía, Cristo se entrega completamente a nosotros y nos enseña un camino diferente: una vida basada no en el miedo ni en la acumulación, sino en la confianza y en el amor que se entrega.

Ser ricos a los ojos de Dios significa reconocer que todo es gracia. Todo lo que hemos recibido nos ha sido confiado, no solamente para nuestro beneficio personal, sino para el bien de los demás. Los santos que honramos hoy comprendieron profundamente esta verdad. Sus vidas se convirtieron en una ofrenda derramada con fe y amor.

Que esta Comunión nos libere de la ilusión de que las posesiones pueden salvarnos y nos enseñe, más bien, a encontrar nuestra seguridad únicamente en Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de participar en estos santos misterios, te rogamos, Señor, que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, crezcamos en confianza en tu Providencia y seamos cada vez más generosos en el amor y en el servicio a los demás. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les enseñe a buscar los tesoros que no se marchitan y a poner su confianza en Él por encima de todas las cosas. Amén.

Que libere sus corazones de todo apego egoísta y los haga generosos con quienes más necesitan ayuda. Amén.

Que el testimonio de los santos Juan de Brébeuf, Isaac Jogues y sus compañeros los fortalezca para vivir con valentía, fe y amor entregado. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida rica en fe, generosidad y confianza en Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La verdadera seguridad no se encuentra en lo que guardamos para nosotros mismos, sino en confiar tanto en Dios que lleguemos a ser una bendición para los demás.”

20 de octubre de 2026 – Martes de la 29.^a Semana del Tiempo Ordinario

Ef 2, 12–22; Lc 12, 35–38

«Permanezcan despiertos para el Señor que viene... y sirve.»

INTRODUCCIÓN

Había una vez un farero que vivía solo en una costa escarpada. Cada tarde subía por una estrecha escalera, preparaba la lámpara y permanecía vigilante durante toda la noche. Durante una temporada de fuertes tormentas, los barcos seguían llegando sanos y salvos al puerto, y nadie prestaba mucha atención a aquel hombre silencioso que nunca dormía. Hasta que una noche se sintió cansado, omitió una de sus rondas de vigilancia y la luz se debilitó. A la mañana siguiente, restos de un naufragio aparecieron en la orilla. El farero lloró, no porque hubiera hecho algo espectacularmente malo, sino porque había fallado en algo sencillo y cotidiano. Gran parte de la vida es como aquel faro: está hecha de pequeños actos de fidelidad que parecen pasar desapercibidos. Imaginamos que Dios

vendrá a nosotros en grandes acontecimientos, pero el Evangelio nos sugiere algo diferente: el Señor viene silenciosamente, con perseverancia, en el ritmo ordinario de nuestros días.

San Pablo recuerda a los efesios que en otro tiempo estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo», pero que ahora, en Cristo, han sido acercados y hechos miembros de una misma familia. Ya no somos extraños que observan desde lejos; somos miembros de la casa de Dios, a quienes se ha confiado la lámpara, la puerta y la acogida.

Sin embargo, ¡cuántas veces caemos en el olvido!, distraídos, medio dormidos, poco atentos a Aquel que está a la puerta y llama. Al comenzar estos santos misterios, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor que vuelva a encender en nosotros la lámpara de la fe.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes silenciosamente a los momentos ordinarios de nuestra vida, y sin embargo muchas veces no te reconocemos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú sirves a tu pueblo con ternura y amor, y sin embargo resistimos tu gracia y nos cansamos de ser fieles: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a mantener nuestras lámparas encendidas y nuestros corazones vigilantes para tu venida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y reavive en nuestro interior la luz de una fe vigilante, para que permanezcamos preparados para recibir al Señor que viene a servir a su pueblo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamas a tu pueblo a permanecer vigilante esperando la venida de tu Hijo, concédenos que, en medio de los deberes y cargas ordinarias de la vida, mantengamos encendida la lámpara de la fe y reconozcamos a Cristo presente entre nosotros en quienes buscan nuestro amor y nuestro cuidado.

Haz que quienes hemos sido hechos miembros de tu familia permanezcamos firmes en la esperanza y alegres en el servicio, hasta el día en que el mismo Señor nos haga sentar a su mesa en la gloria.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un guardia de seguridad nocturno trabajaba en un museo tranquilo. La mayoría de las noches no ocurría nada. Los pasillos permanecían silenciosos y las pinturas inmóviles. Sin embargo, él realizaba fielmente sus rondas, hora tras hora. Una noche, un pequeño ruido, apenas perceptible, llamó su atención. Gracias a que estaba alerta, descubrió un intento de robo que apenas comenzaba. Su vigilancia salvó algo que los demás solo más tarde comprenderían que era valioso.

La parábola de Jesús en el Evangelio de hoy nos habla precisamente de esa actitud vigilante. «Estén preparados y tengan encendidas sus lámparas». No es una invitación

a vivir con ansiedad, sino a vivir atentos; una disposición constante del corazón. El Señor no está ausente; viene una y otra vez, de maneras fáciles de pasar por alto.

Con frecuencia pensamos en la venida del Señor como algo lejano: al final de los tiempos o al final de nuestra vida. Pero el Evangelio corrige suavemente esa idea: el Señor viene cada día. Llama a nuestra puerta a través de una conversación, de una necesidad, de una responsabilidad, de una inspiración silenciosa en nuestro interior. La cuestión no es si viene o no; la cuestión es si nos damos cuenta de su presencia.

Y entonces aparece el giro sorprendente de la parábola. Cuando el señor regresa y encuentra despiertos a sus servidores, hace algo inesperado: se pone a servirlos. Se ciñe el delantal, los hace sentar a la mesa y los atiende. Así no funciona el mundo. Pero así actúa Dios.

Jesús nos revela a un Dios cuya grandeza se manifiesta en el servicio. Lo vemos con toda claridad en la Última Cena, cuando se arrodilla para lavar los pies de sus discípulos. El Señor a quien esperamos es ya el Señor

que sirve. No viene para exigir, sino para dar; no viene para cargar pesos, sino para bendecir.

Esto cambia nuestra manera de entender la vigilancia. No permanecemos atentos por miedo al castigo, sino por amor y por deseo de encontrarnos con Él. Permanecer despiertos significa mantenernos abiertos, reconocer su presencia en el tejido mismo de nuestra vida cotidiana.

Las palabras de san Pablo reflejan esta transformación: ya no somos extraños ni forasteros, sino miembros de la familia de Dios, «edificados para ser morada de Dios». Si esto es verdad, entonces cada momento se convierte en una puerta y cada encuentro puede ser una llamada de la gracia.

Sin embargo, permanecer despiertos no es fácil. La rutina nos adormece. Las decepciones nos cansan. A veces parece que el Señor tarda en llegar y nos sentimos tentados a dejar que la lámpara se apague. Pero el Evangelio nos invita a una perseverancia serena: pequeños actos de fidelidad repetidos día tras día que mantienen viva la llama.

Y existe una promesa: si abrimos la puerta, descubriremos que recibimos mucho más de lo que damos. El servicio que el Señor nos ofrece siempre superará el servicio que nosotros podamos ofrecerle. Su generosidad desborda todas nuestras expectativas.

Una mujer mantenía cada noche una pequeña vela encendida en la ventana para su hijo, que regresaba tarde del trabajo. Una noche, él volvió agotado y desanimado. Al ver aquella luz, comentó más tarde: «Esa vela me dijo que todavía tenía un hogar». De maneras que quizá no alcanzamos a comprender plenamente, nuestra vigilancia, nuestra fe sencilla y constante, crea espacio para que el Señor entre y para que otros encuentren luz.

Por eso mantenemos encendida la lámpara, no porque sepamos cuándo vendrá, sino porque sabemos quién viene y cuánto ama servir a quienes están preparados para recibirlo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Manteniendo encendidas nuestras lámparas con la fe y el amor, y confiando en el Señor que viene a servir a su

pueblo, presentemos nuestros dones y nuestras vidas con confianza, y oremos para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta los dones que te presentamos
como signo de nuestro deseo de permanecer fieles y
vigilantes en tu servicio.

Ya que nos reúnes en tu familia, enséñanos a reconocer a
tu Hijo en los momentos ordinarios de la vida
y a recibirlo con corazones preparados por el amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque, en tu misericordia, nos has acercado a ti

y nos has hecho miembros de tu familia;
ya no somos extraños ni peregrinos errantes,
sino tus hijos amados en Cristo.

Él nos enseña a permanecer vigilantes en la fe,
con las lámparas encendidas,
preparados para recibir al Señor que viene a nosotros
de maneras silenciosas e inesperadas.

Y cuando encuentra fieles a sus servidores,
nos revela la maravilla de tu amor:
el mismo Señor sirve a quienes lo esperan.

Por Él, los cansados reciben fortaleza,
los desanimados encuentran esperanza,
y los fieles descubren que tu generosidad
supera toda expectativa.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como miembros de la familia de Dios, que esperamos con esperanza la venida del Señor que nunca deja de cuidar a su pueblo, oremos con confianza al Padre con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y mantén encendida la lámpara de la fe en tu pueblo.

Líbranos del cansancio y de las distracciones
que cierran nuestro corazón a tu presencia,
mientras aguardamos con gozosa esperanza
la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú vienes a tu pueblo no como un señor que impone cargas, sino como el servidor que trae paz y bendición.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien viene a servir y salvar a su pueblo. Dichosos los invitados a la Cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor a quien esperábamos ha venido una vez más a nuestro encuentro. Nos ha servido con el Pan de Vida y ha reavivado en nosotros la llama de su presencia.

Ahora nos envía nuevamente al ritmo ordinario de la vida: a nuestros hogares, lugares de trabajo, conversaciones y responsabilidades, no como extraños, sino como miembros de la familia de Dios.

Que nuestros corazones permanezcan vigilantes, que nuestras lámparas continúen ardiendo con fuerza, y que nuestros actos silenciosos de fidelidad se conviertan en luces que conduzcan a otros hacia la esperanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que quienes hemos sido alimentados en la mesa de tu Hijo permanezcamos vigilantes en la fe y firmes en el amor.

Así como Cristo nos ha servido en estos santos misterios, enséñanos a reconocerlo en los momentos cotidianos de la vida y a recibirlo con corazones llenos de alegría.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor mantenga sus corazones atentos a su presencia, los fortalezca en una fidelidad serena y haga de sus vidas una luz para quienes buscan esperanza.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, manteniendo encendidas sus lámparas para el Señor que viene... y sirve.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Mantén encendida la lámpara en los momentos ordinarios de la vida, porque el Señor suele venir silenciosamente... y siempre con el corazón de un servidor.»

21 de octubre de 2026 – Miércoles de la 29.^a Semana del Tiempo Ordinario

Ef 3,2–12; Lc 12,39–48

INTRODUCCIÓN

Había una vez un guardián de faro cuya tarea era sencilla, pero esencial: cada tarde debía mantener encendida la luz para los barcos que navegaban en el mar. Una noche, varias personas del pueblo llegaron pidiéndole aceite para sus lámparas y estufas. Deseando ayudar a todos, compartió el aceite que tenía. Pero cerca de la medianoche, la luz del faro se apagó y un barco estuvo a punto de estrellarse contra las rocas. El guardián aprendió una dolorosa lección: aquello que se nos confía debe ser custodiado fielmente, porque otros dependen de ello.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de servidores que esperan a su señor y permanecen fieles en las responsabilidades que se les han confiado. El énfasis no está en el miedo, sino en la fidelidad. El Señor confía a cada uno de nosotros dones, deberes, relaciones y oportunidades para amar. La vigilancia cristiana no

consiste en una espera ansiosa del futuro, sino en vivir fielmente el presente.

También san Pablo habla de haber recibido la misión de administrar el misterio de la gracia de Dios. Comprende que la gracia nunca es una posesión privada; es una responsabilidad destinada a ser compartida. Lo que Dios nos da está llamado a producir frutos de servicio, compasión y fidelidad.

Mientras nos disponemos a celebrar estos sagrados misterios, reconozcamos las veces en que hemos sido descuidados con lo que Dios nos ha confiado, indiferentes a su presencia silenciosa o lentos para responder con un corazón fiel. Y así, comencemos nuestro acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a nosotros en momentos inesperados y nos invitas a permanecer vigilantes en la fe: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos confías las riquezas de tu gracia y nos llamas a administrarlas fielmente: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres paciente con nosotros cuando fallamos y nos fortaleces para servir con amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que nos llama a ser fieles administradores de su gracia
y servidores pacientes los unos de los otros,
tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamas a tu pueblo a permanecer vigilante
y fiel en las responsabilidades que le has confiado,
concédenos reconocer tu presencia
en los momentos ordinarios de la vida
y servirte con corazones firmes y manos generosas.
Que estemos siempre preparados cuando vengas a
nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un jardinero que trabajaba en una gran propiedad. Cada mañana recorría los senderos, regaba las plantas, podaba las ramas secas y cuidaba los pequeños detalles que muchos ni siquiera notaban. Un día, el dueño de la finca llegó sin previo aviso acompañado de varios visitantes importantes. Al recorrer los jardines, todo estaba limpio, cuidado y floreciente. El jardinero no había trabajado bien porque esperaba una inspección; había trabajado bien porque era fiel cada día. Su constancia en lo ordinario lo había preparado para lo inesperado.

Las parábolas que Jesús nos presenta hoy se mueven precisamente en ese espacio entre lo ordinario y lo inesperado. Un dueño de casa que no sabe cuándo llegará el ladrón. Un servidor que no sabe cuándo regresará su señor. Estas imágenes no son solamente advertencias sobre el final de la vida; hablan también del ritmo cotidiano del discipulado. El Señor viene a nosotros no solo al final de nuestros días, sino continuamente,

muchas veces cuando menos lo esperamos.

Con frecuencia pensamos que estar preparados significa estar listos para un gran acontecimiento. Pero en el Evangelio, la preparación tiene un aspecto muy sencillo y cotidiano: un servidor que cumple su tarea, cuida de los demás y permanece fiel a lo que se le ha confiado. «Dichoso aquel servidor a quien su señor, al llegar, encuentre cumpliendo con su deber». Se trata de una fidelidad silenciosa y constante.

San Pablo, en la primera lectura, comprendió muy bien esta verdad. Se veía a sí mismo como administrador de la gracia, encargado del misterio de Cristo. No reclamó grandeza alguna; de hecho, se llama a sí mismo «el menor de todos». Sin embargo, reconoció que aquello que había recibido llevaba consigo una responsabilidad. La gracia nunca es solo para nosotros; siempre está destinada a ser compartida.

Aquí es donde el Evangelio se vuelve exigente. «Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá». Y nosotros hemos recibido mucho: la fe, los sacramentos, la Palabra de Dios,

el apoyo de una comunidad creyente. Estos no son bienes para guardar celosamente, sino dones para vivir y compartir. La cuestión no es cuánto hemos recibido, sino cuán fielmente respondemos.

La venida «inesperada» del Señor suele producirse a través de caminos muy sencillos: una persona que necesita nuestra paciencia, una situación que exige valentía, un momento que nos invita a perdonar. Estas realidades no son interrupciones de nuestra vida espiritual; son precisamente los lugares donde el Señor se hace presente. Sin embargo, podemos pasarlas por alto si vivimos distraídos o demasiado centrados en nosotros mismos.

Jesús mismo es el modelo perfecto de esta administración fiel. Fue fiel a su misión incluso cuando esta lo condujo al sufrimiento. Fue fiel a las personas incluso cuando ellas le fallaron. Fue fiel al amor incluso frente al rechazo. Su vida nos muestra que la verdadera preparación no consiste en la ansiedad por el futuro, sino en la fidelidad del presente. Por eso, el Evangelio nos invita a mantener una doble

actitud: estar preparados para las formas inesperadas en que Dios viene a nosotros y ser fieles en las responsabilidades que ya hemos recibido. No una cosa o la otra, sino ambas al mismo tiempo: un corazón vigilante y unas manos perseverantes.

Se cuenta también la historia de una maestra que, antes de salir del aula, dijo a sus alumnos que regresaría «en algún momento». Algunos dejaron de trabajar porque pensaron que tenían tiempo de sobra. Otros continuaron cumpliendo sus tareas con responsabilidad. Cuando la maestra regresó inesperadamente, quedó claro quiénes habían comprendido la confianza que ella había depositado en ellos. El objetivo nunca fue sorprenderlos en una falta, sino formarlos en la responsabilidad.

De la misma manera, la venida del Señor no busca atraparnos desprevenidos, sino transformarnos. Si vivimos cada día como administradores fieles y prudentes, atentos a su presencia silenciosa e inesperada, entonces, cuando él venga —ya sea en un momento de gracia o al final de nuestra vida— nos encontrará preparados.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que mi sacrificio y el de ustedes expresen nuestra fiel administración de los dones de Dios y nuestra disposición para acoger al Señor en cada momento, y sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta las ofrendas que te presentamos como signos de nuestra gratitud y confianza.

Enséñanos a utilizar sabiamente todo lo que nos has confiado, para que nuestra vida produzca frutos de servicio fiel y amor generoso.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nunca dejas de guiar a tu pueblo con sabiduría y misericordia.

Tú nos confías los dones de la fe, la esperanza y el amor, y nos llamas a vivir como administradores fieles mientras aguardamos la venida de tu Hijo.

En Cristo nos has revelado el misterio de tu gracia y nos has enseñado que la verdadera preparación no consiste en el temor al futuro, sino en la fidelidad a tu voluntad cada día.

Por medio de él aprendemos a reconocer tu presencia en los deberes ordinarios de la vida y en cada oportunidad de servir con amor.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos confía el cuidado unos de otros y nos llama a permanecer fieles en el amor:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos también de las distracciones y la indiferencia
que nos impiden reconocer tu presencia.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos fieles a lo que nos has confiado,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que enseñaste a tus discípulos
a permanecer vigilantes y fieles en el amor:

no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra,
concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que viene a nosotros muchas veces de manera silenciosa
e inesperada, llamándonos al servicio fiel y al amor
perseverante. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor no nos pide que predigamos el futuro, sino que
seamos fieles hoy. La preparación crece en los actos
ordinarios de amor, paciencia, perdón y responsabilidad.
Cada momento puede convertirse en un encuentro con
Cristo si nuestro corazón permanece atento. La Eucaristía
que hemos recibido nos fortalece para vivir como
administradores sabios y fieles hasta que el Señor vuelva.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro,
por esta santa Eucaristía nos renuevas con la gracia de tu Hijo.

Mantennos vigilantes en la fe, fieles en el servicio
y generosos en el amor, para que, fortalecidos por este
sacramento, estemos preparados para recibir a Cristo
cada vez que venga a nosotros.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los haga fieles administradores de su gracia,
atentos a su presencia en los momentos ordinarios de la
vida. Amén.

Que él los fortalezca para servir con sabiduría, paciencia y
amor generoso en todo aquello que les ha sido confiado.

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su servicio fiel
y permaneciendo vigilantes a su presencia en la vida
cotidiana.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Estar preparados para el Señor no significa esperar con
ansiedad el mañana, sino vivir hoy con fidelidad.»

**22 de octubre de 2026 – Jueves, 29.^a Semana del
Tiempo Ordinario - (San Juan Pablo II – Memoria Libre)**

Ef 3,14–21; Lc 12,49–53

“Encendidos por el fuego de Cristo, somos llamados a un amor que purifica, cuesta y transforma.”

INTRODUCCIÓN

Una maestra llevó un día una pequeña vela a un salón de clases que estaba completamente oscuro. Sin decir una palabra, la encendió. La habitación no se iluminó de repente con una gran claridad, pero algo cambió: los rostros comenzaron a verse, las siluetas se distinguían mejor y el miedo a la oscuridad se fue disipando. Luego invitó a cada alumno a encender su propia vela a partir de la suya. En pocos momentos, el salón que antes estaba en penumbras resplandecía con una cálida luz. Nadie habló, pero todos comprendieron una verdad importante: la luz compartida no disminuye; se multiplica.

Nos reunimos hoy con esa misma conciencia serena: algo ha sido puesto en nuestras vidas, una luz, un fuego que no proviene de nosotros mismos. Sin embargo, a diferencia

de una vela que simplemente permanece encendida, el fuego del que Jesús habla en el Evangelio está vivo. Se mueve, transforma y exige una respuesta.

En las lecturas de hoy contemplamos tanto la belleza como el costo de ese fuego. No es solamente un calor reconfortante; también es una llama que purifica. Trae claridad, pero a veces también provoca tensiones e incluso divisiones. Nos llama a ir más allá de la comodidad para entrar en algo más profundo, más verdadero y más exigente.

Por eso, al colocarnos ante esta Palabra, podemos preguntarnos: ¿de qué maneras hemos resistido ese fuego? ¿Dónde hemos preferido la comodidad antes que la transformación, el silencio antes que la verdad, o la autoprotección antes que el amor? Reconozcamos nuestros pecados y abramos el corazón a la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú viniste a traer a la tierra el fuego del amor divino: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú pasaste por el bautismo del sufrimiento para darnos una vida nueva: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a ser transformados por el poder de tu Espíritu: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, cuyo amor purifica y renueva todo corazón dispuesto a recibirlo, nos perdone por haber resistido el fuego transformador de su Espíritu, nos fortalezca para vivir con valentía en la verdad y en la caridad, y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enciendes en tus fieles
el fuego de tu amor y de tu verdad, concédenos que,
inspirados por el ejemplo de san Juan Pablo II,
abracemos con valentía el Evangelio,
permanezcamos firmes en medio de las pruebas y
divisiones,
y seamos transformados cada vez más plenamente
a imagen de Cristo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Las lecturas de hoy nos presentan una imagen sorprendente de Jesús. Estamos acostumbrados a pensar en Él como el Príncipe de la Paz, el Buen Pastor, el Salvador lleno de compasión. Sin embargo, en el Evangelio escuchamos palabras que pueden desconcertarnos: “He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!” Además, añade que su venida puede provocar divisiones incluso dentro de las familias.

¿Qué significa este fuego? ¿Acaso Jesús desea conflictos y enfrentamientos? De ninguna manera. El fuego del que habla es el fuego del amor de Dios, de la verdad de Dios y de la presencia del Espíritu Santo. Es un fuego que ilumina, purifica y transforma. Pero precisamente porque transforma, también exige decisiones. Y toda decisión auténtica por Cristo tiene consecuencias.

San Pablo, en la primera lectura, se arrodilla ante el Padre y ora para que los creyentes sean fortalecidos interiormente por el Espíritu. Pide que Cristo habite en sus corazones por la fe y que puedan comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo. Este amor no es una idea abstracta; es una fuerza viva que cambia la existencia humana.

Pensemos en la historia de un herrero que trabajaba el hierro al rojo vivo. Cuando alguien le preguntó cómo lograba dar forma a piezas tan resistentes, respondió: “Primero el fuego ablanda el metal; luego los golpes le dan forma; finalmente, el enfriamiento lo fortalece”. De modo semejante, Dios obra en nuestras vidas. El fuego de su amor derrite nuestras resistencias, las pruebas nos moldean y su gracia nos fortalece para vivir según su voluntad.

Sin embargo, no siempre aceptamos fácilmente esa transformación. A menudo preferimos permanecer como estamos. Nos acostumbramos a ciertas actitudes, resentimientos o formas de vida que nos resultan

cómodas. El fuego de Cristo viene precisamente a cuestionar todo aquello que nos impide amar plenamente. Por eso Jesús habla también de división. Cuando una persona decide vivir seriamente el Evangelio, no todos comprenden esa elección. A lo largo de la historia, muchos santos experimentaron incomprensiones e incluso rechazo por mantenerse fieles a Cristo. San Juan Pablo II, cuya memoria celebramos hoy, fue un ejemplo extraordinario. Vivió bajo regímenes opresivos, enfrentó críticas y dificultades, y aun así proclamó con valentía la verdad del Evangelio. Su famosa invitación al mundo fue: “¡No tengan miedo!”. Sabía que el fuego de Cristo no destruye, sino que libera.

También en nuestras familias y comunidades puede suceder que la fidelidad al Evangelio provoque tensiones. Defender la dignidad de toda persona, vivir honestamente, perdonar cuando otros prefieren la venganza o mantenerse fiel a la fe cuando muchos la abandonan, puede generar incomprensión. Pero Jesús nos recuerda que la verdad y el amor auténtico siempre merecen ese costo.

El fuego de Cristo no es un fuego de violencia ni de destrucción. Es el fuego que consumió el corazón de los profetas, el fuego que descendió sobre los apóstoles en Pentecostés, el fuego que impulsó a los santos a servir a los pobres, a anunciar el Evangelio y a entregar sus vidas por los demás. Es el fuego que quiere arder también en nosotros.

Hoy podemos preguntarnos: ¿qué necesita ser purificado en mi vida? ¿Qué resistencia, miedo o apego impide que el amor de Dios actúe plenamente en mí? ¿Estoy dispuesto a dejar que Cristo transforme mi corazón?

Al acercarnos a esta Eucaristía, pidamos la gracia de abrirnos al fuego del Espíritu Santo. Que no nos conformemos con una fe cómoda y superficial, sino que permitamos que Cristo nos renueve profundamente.

Entonces podremos ser, en medio del mundo, portadores de la luz, de la esperanza y del amor que nacen de Dios. Que la intercesión de san Juan Pablo II nos ayude a vivir con valentía nuestra fe y a mantener encendido en nosotros el fuego del amor de Cristo. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por medio del cual Cristo derrama en nosotros el fuego de su amor entregado totalmente, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones que presentamos ante ti
y, por medio de este santo sacrificio,
purifica nuestros corazones con el fuego de tu Espíritu,
para que, libres de todo aquello que se opone a tu gracia,
lleguemos a ser testigos de un amor valiente y
transformador. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu Hijo Jesucristo revelaste el fuego de tu amor

salvador, un amor que no huyó del sufrimiento,
sino que abrazó la Cruz para la salvación del mundo.
Por su Pasión y Resurrección
derramaste el Espíritu Santo sobre tu Iglesia,
para que los corazones que antes estaban llenos de temor
y división fueran renovados, purificados
y fortalecidos en la fe.

En el testimonio de san Juan Pablo II
nos mostraste cómo este fuego divino
puede fortalecer a tus servidores
para proclamar la verdad con valentía,
defender la dignidad de toda vida humana
y guiar a tu pueblo con esperanza y fidelidad.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por el
fuego del amor divino que nos hace una sola familia en
Cristo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libéranos de los temores y apegos que nos impiden
abrirnos al poder transformador de tu amor. Concédenos
la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu
misericordia, vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú trajiste a la tierra el fuego de un amor
que purifica y renueva; no tengas en cuenta nuestros
pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a
tu voluntad, la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por
los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que se entregó completamente por amor
para que el mundo tuviera vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El fuego de Cristo no está destinado a permanecer oculto ni cuidadosamente encerrado. En esta Eucaristía hemos recibido el amor que pasó por la Cruz y venció a la muerte. Ese amor ahora arde silenciosamente en nuestro interior, deseando modelar nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestro testimonio. Como el hierro en las manos del herrero, estamos invitados a entregarnos a la obra transformadora de Dios, confiando en que incluso el calor del sacrificio y de la lucha puede convertirse en el camino hacia una libertad más profunda y una santidad más plena.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Dios todopoderoso,
que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
seamos encendidos por el fuego de su amor
y fortalecidos para dar un testimonio fiel del Evangelio
en toda prueba y circunstancia de la vida.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor encienda sus corazones con el fuego de su amor, para que caminen con valentía en la verdad y en la santidad. Amén.

Que Él los fortalezca en toda prueba y transforme sus luchas en una fe más profunda y una mayor compasión. Amén.

Que el Espíritu Santo los convierta en testigos radiantes de Cristo, llevando luz, esperanza y paz al mundo. Amén. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida transformada por el fuego del amor de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“El fuego de Cristo no destruye lo que hay de verdadero en nosotros; quema aquello que nos impide amar plenamente.”

23 de octubre de 2026 – Viernes de la 29.^a Semana del Tiempo Ordinario

(San Juan de Capistrano – Memoria libre)

Ef 4,1–6; Lc 12,54–59

Leer los signos y responder sin demora

INTRODUCCIÓN

Un hombre puso su despertador muy temprano porque quería contemplar un cometa poco común que iba a cruzar el cielo. Había leído cuidadosamente acerca de él, había marcado la fecha en su calendario e incluso había recordado a otras personas que no se lo perdieran. Pero cuando sonó la alarma, la apagó pensando: «Solo cinco minutos más». Cuando finalmente despertó, la luz del día ya llenaba el cielo y el momento había pasado.

Con frecuencia somos así en nuestra vida espiritual. Reconocemos lo que es importante, pero lo dejamos para después. Posponemos la reconciliación, retrasamos la oración o ignoramos las suaves invitaciones de la gracia, suponiendo que siempre habrá otra oportunidad.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos recuerda que, aunque

las personas saben interpretar las señales del tiempo, muchas veces no reconocen los signos de la presencia de Dios ni la urgencia de responderle. El Señor sigue hablándonos, invitándonos y llamándonos, pero debemos aprender a descubrir su presencia y responder sin demora.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que hemos tardado en responder al llamado de Dios, hemos dudado en perdonar o hemos permanecido distraídos ante su presencia, y pidámosle su misericordia y su gracia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas cada día a vivir de una manera digna de la vocación que hemos recibido: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a reconocer los signos de tu presencia y a responder sin demora: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos ofreces reconciliación y paz mientras todavía hay tiempo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos ignorado su voz, hemos retrasado nuestra conversión y no hemos sabido reconocer los signos de su gracia en nuestra vida, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas continuamente tu presencia a través de los silenciosos signos de tu gracia en nuestra vida cotidiana, concédenos vivir con corazones atentos, dispuestos a reconocer tu llamada y a responder sin demora a tu invitación de amor y reconciliación.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor observó una mañana cómo unas nubes oscuras comenzaban a reunirse en el horizonte. Después de muchos años trabajando la tierra, reconoció inmediatamente aquellas señales: se acercaba una tormenta. Sin perder tiempo, recogió sus herramientas, puso a salvo a sus animales y preparó su casa. Su vecino vio las mismas nubes, pero no les dio importancia. «Quizás desaparezcan», dijo. Al caer la noche, la tormenta llegó, y solo uno de ellos estaba preparado.

Jesús, en el Evangelio de hoy, parte de una experiencia semejante. La gente sabe interpretar el cielo: una nube que aparece por el oeste anuncia lluvia; un viento que sopla desde el sur anuncia calor. Son conocimientos sencillos, aprendidos gracias a la observación y a la experiencia. Sin embargo, Jesús señala algo sorprendente: mientras las personas saben leer las señales del tiempo, muchas veces no saben reconocer los signos de la presencia de Dios.

Esto no es solamente una crítica dirigida a quienes lo

escuchaban entonces; es también una palabra dirigida a nosotros. Nosotros también podemos ser muy perspicaces en los asuntos ordinarios y, al mismo tiempo, permanecer extrañamente indiferentes a las acciones más profundas de Dios en nuestra vida. Planeamos, analizamos y prevemos muchas cosas, pero ¿nos damos cuenta cuando el Señor nos habla, nos invita o nos llama?

San Pablo, en la primera lectura, nos exhorta a «vivir de una manera digna de la vocación que hemos recibido». Esa llamada no es algo vago ni lejano. Está presente aquí y ahora, entretrejida en el tejido mismo de nuestra vida cotidiana. El desafío no es que Dios esté ausente, sino que su presencia suele ser silenciosa, delicada y fácilmente ignorada.

Jesús también habla de ponerse de acuerdo con el adversario mientras todavía se va de camino hacia el tribunal. A primera vista parece un consejo práctico, pero encierra una urgencia espiritual mucho más profunda. No retrases aquello que debe resolverse. No pospongas la reconciliación. No esperes hasta que sea demasiado

tarde. El «camino» es ahora, este momento presente en el que se nos ofrece la gracia.

¿Cuántas veces decimos: «Ya me ocuparé de eso más adelante»? Más adelante perdonaré. Más adelante oraré con mayor seriedad. Más adelante escucharé esa inspiración interior. Pero el Evangelio nos recuerda que el momento de decidir siempre es ahora. La gracia no es algo reservado para el futuro; se nos concede en el presente.

Leer los signos de la presencia de Dios exige una cierta actitud de atención, un corazón contemplativo. Significa desarrollar ojos capaces de ver más allá de la superficie y oídos capaces de escuchar incluso el susurro más suave. Dios puede salir a nuestro encuentro en la Eucaristía, en la Sagrada Escritura, en una conversación, en una dificultad o incluso en una persona que nos resulta difícil aceptar.

También hay un elemento de expectativa. Si no esperamos que Dios esté presente, difícilmente lo reconoceremos. Pero si vivimos con una serena

disposición interior, con un corazón abierto, comenzaremos a descubrir que él está siempre acercándose a nosotros, siempre invitándonos a algo más grande.

Un anciano sacristán de una pequeña parroquia tenía la costumbre de anotar cada noche tres motivos de agradecimiento al Señor. A veces escribía cosas muy sencillas: una conversación amable, una oración que le había dado paz o la sonrisa de un niño durante la misa. Con el paso de los años comprendió que Dios había estado obrando constantemente en los acontecimientos más ordinarios de su vida. Nada había cambiado espectacularmente a su alrededor, pero había cambiado su capacidad de reconocer la presencia de Dios, y eso transformó todo.

Y quizá ahí es donde este Evangelio quiere dejarnos: no ante exigencias extraordinarias, sino ante una invitación sencilla y urgente: prestar atención, leer los signos y responder sin demora.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones atentos y generosos, nos ayude a reconocer los signos de la presencia de Dios y a responder fielmente a su llamada, y sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones
que presentamos ante ti
y, por medio de esta santa ofrenda,
despierta en nosotros
una disposición más profunda para escuchar tu voz,
buscar la reconciliación sin demora
y caminar fielmente por el sendero
al que nos has llamado.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca dejas de hablar a tu pueblo
a través de los signos de tu presencia y de tu gracia.
En cada época nos llamas a la vigilancia del corazón,
a discernir tu acción salvadora en nuestra vida
y a responder sin vacilación
a tu invitación de reconciliación y paz.
En tu Hijo, Jesucristo, te has acercado a nosotros
con misericordia y verdad.
Él nos enseña a reconocer el momento presente
como un don de gracia y a vivir preparados para tu Reino.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y
dominaciones, y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con confianza al Padre que continuamente nos llama a vivir como sus hijos y a responder sin demora a su gracia:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, atentos a los signos de tu presencia
y sostenidos por la ayuda de tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos llamas a la reconciliación
mientras todavía vamos de camino
y nos enseñas a reconocer la cercanía de tu Reino.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad

concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que viene a nosotros de manera silenciosa y salvadora,
llamándonos a vivir con corazones atentos
y una respuesta generosa.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor continúa pasando silenciosamente
por los momentos ordinarios de nuestra vida.

Nos habla en la Sagrada Escritura, en la Eucaristía,
en los momentos de gracia y en las personas que
encontramos cada día. La cuestión no es si Dios está
presente, sino si estamos lo suficientemente atentos
para reconocerlo.

Que esta Eucaristía profundice en nosotros
una disposición interior pronta y generosa,
para que respondamos a su llamada sin demora.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que por el misterio que hemos celebrado
crezcamos en atención a tu presencia
y en prontitud para responder a tu llamada.

Que esta santa Comunión nos fortalezca
para buscar la reconciliación, caminar en la unidad
y vivir cada día de una manera digna de la vocación que
hemos recibido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones atentos
para reconocer los signos de su presencia
en la vida de cada día. Amén.

Que les conceda el valor de responder sin demora
a su llamada a la conversión y a la reconciliación. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes
y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
glorificando al Señor con una vida atenta a su presencia
y respondiendo fielmente a su gracia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La gracia de Dios está siempre presente, pero debe ser
reconocida y acogida.

El momento para escuchar, perdonar, orar y responder a
Dios no es más tarde: es ahora.

**24 de octubre de 2026 – Sábado de la 29.^a Semana del
Tiempo Ordinario (San Antonio María Claret)**

Ef 4,7–16; Lc 13,1–9

*Con el tiempo que nos concede la gracia, crecemos hasta
alcanzar la plenitud de Cristo.*

INTRODUCCIÓN

Una maestra contó una vez la historia de un niño de su clase que parecía no hacer nada bien. Entregaba las tareas tarde, respondía con inseguridad y había perdido casi toda la confianza en sí mismo. Muchos habían llegado silenciosamente a la conclusión de que simplemente no era capaz. Pero la maestra se negó a rendirse. Semana tras semana se quedaba después de clases para ayudarlo con paciencia. Pasaron los meses sin que se vieran grandes resultados, hasta que un día algo cambió. El niño comenzó a comprender, a responder y a progresar. Al final del año no era el mejor alumno de la clase, pero había florecido de una manera que nadie esperaba.

Reconocemos esa clase de paciencia cuando la vemos, porque es algo poco común. Con frecuencia vivimos en un

mundo de juicios rápidos y conclusiones todavía más rápidas. Si los resultados no aparecen enseguida, seguimos adelante. Si las personas no cambian, las descartamos. La eficacia suele valorarse más que la perseverancia.

Sin embargo, las Escrituras de hoy nos revelan un ritmo muy diferente: el ritmo de Dios. Ante la debilidad humana, el fracaso e incluso la tragedia, Dios no se apresura a condenar ni a desechar. Más bien, espera, invita y acompaña con cuidado.

Por eso, al reunirnos en la presencia de Dios, se nos invita a mirar con sinceridad nuestra propia vida: los momentos en que hemos sido impacientes, las ocasiones en que no hemos crecido como debíamos y las veces en que no hemos dado los frutos que podíamos dar. Confiando en la misericordia paciente de Dios, volvámonos ahora hacia Él y pidámosle perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres el jardinero paciente que nunca deja de cultivar nuestros corazones: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a la conversión y nos concedes un tiempo lleno de gracia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos conduces pacientemente hacia la plenitud de la vida en Ti: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que cuida con paciencia la tierra de nuestra vida perdone nuestra lentitud para cambiar, fortalezca nuestro deseo de dar fruto y nos conduzca a la plenitud de la vida en Cristo; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia paciente nos concede tiempo para crecer y cuya gracia nos va formando continuamente a imagen de tu Hijo, ayúdanos a responder generosamente a tu llamada a la conversión,

para que nuestra vida produzca los frutos de la fe, la esperanza y la caridad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un hombre que plantó un pequeño árbol en memoria de su padre. Durante años apenas creció y muchas veces estuvo tentado de arrancarlo. Sin embargo, decidió esperar. Con el tiempo, el árbol echó raíces profundas, se fortaleció y finalmente ofreció sombra y frutos. Lo que la paciencia hizo posible, la prisa lo habría destruido.

En el Evangelio de hoy, Jesús comienza hablando de dos acontecimientos trágicos: la violencia ejercida por Pilato y el derrumbe repentino de una torre. Sus oyentes pensaban rápidamente que tales tragedias debían ser un castigo por el pecado. Pero Jesús rechaza claramente esa manera de pensar. Quienes murieron no eran más pecadores que los demás.

En lugar de buscar culpables, Jesús dirige nuestra atención hacia otra realidad. Nos recuerda la fragilidad de la vida. Las tragedias no son una señal de que otros sean peores; son un recordatorio de que todos somos vulnerables. La vida es incierta y, por eso, el momento presente se vuelve precioso: es una oportunidad para volver nuestro corazón hacia Dios.

Esta llamada a la conversión no pretende llenarnos de miedo, sino despertarnos. No se nos concede tiempo indefinidamente, pero el tiempo que recibimos está lleno de gracia. Cada día se convierte en una oportunidad para reorientar nuestra vida hacia la presencia de Dios.

Luego Jesús cuenta la parábola de la higuera, un árbol que no había dado fruto durante tres años. El dueño ya está cansado y dice: “Córtala”. Es una voz que conocemos bien: la voz de la eficacia, de la impaciencia y del juicio definitivo.

Pero se escucha otra voz: la voz del viñador. “Déjala todavía este año... yo la cavaré alrededor... yo la cuidaré”. Es la voz de la esperanza, de la paciencia y del amor

comprometido. Es la voz que refleja el corazón mismo de Cristo.

En este viñador vemos cómo nos mira el Señor. Él no ve solamente nuestros fracasos del pasado; ve también nuestras posibilidades futuras. No se da por vencido cuando nuestro crecimiento es lento. Al contrario, se acerca a nosotros, cultiva la tierra de nuestra vida y derrama su gracia precisamente donde más la necesitamos.

San Pablo, en la primera lectura, habla de crecer hasta alcanzar “la plenitud de Cristo”. Ese crecimiento no ocurre de la noche a la mañana. Requiere tiempo, paciencia y cooperación con la gracia. Dios concede su gracia abundantemente, pero no fuerza nuestro crecimiento. Nosotros debemos responder.

Podríamos preguntarnos: ¿en qué aspecto de mi vida soy como esa higuera que tarda en dar fruto? ¿Dónde me he resistido al cambio o he retrasado mi conversión? Y, sin embargo, la pregunta más profunda es esta: ¿permitiré que el Señor actúe en mí ahora, mientras todavía hay tiempo? Pensemos también en un agricultor que seguía regando una parcela de tierra seca y dura. Sus vecinos se burlaban de él

diciendo que nunca crecería nada allí. Pero el agricultor continuó día tras día, cuidando silenciosamente aquella tierra. Finalmente, después de una larga espera, comenzaron a aparecer brotes verdes. Lo que parecía estéril no estaba perdido.

Dios es paciente con nosotros de esa misma manera. Nos da tiempo, no para que permanezcamos como somos, sino para que lleguemos a ser aquello para lo que hemos sido llamados. Si abrimos nuestro corazón a su gracia, nuestra vida también dará fruto. Porque, en verdad, con el tiempo que nos concede la gracia, crecemos hasta alcanzar la plenitud de Cristo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con humildad de corazón y confiando en la misericordia paciente de Dios, nos ayuden a crecer hasta alcanzar la plenitud de Cristo, y para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe estas ofrendas que presentamos sobre tu altar
y, por medio de este santo intercambio,
continúa cultivando en nosotros corazones abiertos a tu
gracia, para que, renovados por tu misericordia,
podamos dar frutos duraderos en Cristo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en
todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y
eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu paciencia y misericordia
nunca abandonas la obra de tus manos.

Cuando nos alejamos, nos llamas de nuevo;
cuando crecemos lentamente en la fe,
sigues alimentándonos con tu gracia.

En tu Hijo, el verdadero jardinero de nuestras almas,

cultivas en nosotros la vida que conduce a la santidad
y nos guías hacia la plenitud de Cristo.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos
y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del
cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que
conduce pacientemente a sus hijos hacia la plenitud de la
vida:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
nunca perdamos el ánimo en el camino de la conversión,
sino que continuemos creciendo por la gracia que
generosamente nos concedes,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

Tú nunca dejas de cultivar la paz en el corazón de quienes
confían en Ti.

No tengas en cuenta nuestros pecados y nuestras faltas,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu
voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Él nos llama pacientemente a la conversión
y nos alimenta con la gracia que nos ayuda a crecer en su
misma vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor no se cansa de obrar en nosotros.
Incluso cuando el crecimiento parece lento
y los frutos todavía no se ven,
su gracia continúa actuando
de manera silenciosa, fiel y paciente.
Hoy nos ha alimentado con su propia vida,
para que lleguemos a ser aquello que recibimos:
hombres y mujeres que crecen hasta alcanzar la plenitud
de Cristo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, Señor,
te pedimos que, por la gracia que hemos recibido,
continúes fortaleciéndonos y transformándonos,
para que nuestra vida produzca abundantes frutos
en fidelidad a tu Hijo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que cultiva con paciencia la tierra de sus
vidas, los fortalezca con su gracia y los ayude a crecer
cada día hasta alcanzar la plenitud de Cristo. Amén.
Que les conceda valentía en los momentos de debilidad,
esperanza en los tiempos de espera y perseverancia en el
camino de la conversión. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en la misericordia paciente de
Dios y dando fruto mediante una vida transformada por su
gracia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La paciencia de Dios no es un permiso para permanecer
sin cambiar; es un tiempo lleno de gracia que se nos
concede para que crezcamos hasta alcanzar la plenitud de
Cristo.